

# ALGUNAS INDICACIONES DE LA TEORÍA DEL APEGO PARA LA COMPRENSIÓN DE LOS EFECTOS SOCIO-EMOCIONALES DEL MALTRATO INFANTIL EN LA PRIMERA INFANCIA.

*Sandra Simó Teufel*

**RESUMEN** En el presente trabajo se analizan los efectos de las experiencias tempranas de maltrato en los niños de entre uno a dos años de edad, utilizando para ello algunos principios de la teoría del apego. La necesidad de apego y la necesidad de explorar son constantes a lo largo de la vida, pero es en la infancia cuando éstas parecen más evidentes. Todos los niños, alrededor de los 12 meses, desarrollan un vínculo hacia sus figuras de apego. Se ha observado que la calidad de este vínculo, esto es, la manera concreta de regular la cercanía y la distancia hacia la figura de apego, está en relación con la calidad de la interacción temprana. Las conductas sensibles por parte de la figura de apego están relacionadas con un apego seguro por parte del niño. Las conductas insensibles por parte de la figura de apego están relacionadas con el desarrollo de un apego inseguro en el niño. Las conductas extremadamente insensibles provocan desorientación en los niños y grandes dificultades para explorar su contexto emocional, cognitivo y social. La teoría del apego nos permite entender las reacciones de los niños que, aun siendo maltratados por su figura de apego, desarrollan y mantienen un vínculo hacia esta.

**ABSTRACT** The present study analyses the effects of maltreatment experiences during the first two years of life from the perspective of the attachment theory. All children develop an attachment to their attachment figures about the 12. month of age. It has been observed that the quality of attachment, that is the way in which children regulate proximity and distance to their attachment figures, is related to early quality of interaction. Maternal sensitivity is related to the development of a secure attachment. Insensitive behaviour on the side of the mother is related to an insecure attachment on the side of the child. Extremely insensitive behaviours provoke disorientation on the side of the child, as well as great difficulties to explore its emotional, cognitive and social context. Attachment theory explains why children that are maltreated by their attachment figure, still develop and maintain their attachment to him or her.

Los investigadores que nos dedicamos a la interacción temprana adulto-niño, y en concreto a cómo se establecen las relaciones y a los efectos que esto tiene sobre el desarrollo emocional, cognitivo y social, nos referimos cada vez más a la Teoría del Apego. Esta teoría se convierte cada vez más en un referente, por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque nos aporta un modelo de funcionamiento humano que explica de forma coherente las diferentes formas que tienen las personas de elaborar y procesar sus experiencias relacionales en torno a sus necesidades más básicas, ofreciéndonos mayor comprensión acerca de por qué desarrollamos determinados sentimientos, patrones de comportamiento y estrategias de relación.

En segundo lugar, porque se trata de un modelo que se preocupa por consolidar sus principios teóricos con evidencia empírica, utilizando para ello una metodología observacional y procedimientos sistemáticos, cuyo objetivo es dotar a las conclusiones de mayor validez y fiabilidad.

En este artículo comenzaré exponiendo algunos principios fundamentales de la teoría, así como una descripción del funcionamiento socio-emocional de los niños que tienen experiencias positivas y seguras en su primera infancia. Destacaré aquellas características comportamentales de los cuidadores que contribuyen a este tipo de experiencias durante la primera infancia. En la segunda parte del artículo abordaré,

desde la perspectiva de la teoría del apego, las implicaciones que para el desarrollo socioemocional tienen las experiencias de maltrato a una edad temprana.

### ***Principios de la Teoría del Apego: el equilibrio entre la necesidad de protección y el deseo de autonomía personal.***

La teoría de Apego tal como fue formulada por Bowlby (1969, 1973, 1979) se construye sobre el reconocimiento de que el ser humano, en función de su larga historia filogenética, necesita de otras personas más sabias, más fuertes, más hábiles, en las que confiar cuando se siente inseguro, infeliz, indefenso o enfermo, en definitiva, cuando se siente desprotegido. El deseo de protección se manifiesta de muy diversas formas, como, por ejemplo, buscar, llamar, llorar o protestar ante el hecho de ser o percibirse abandonado. En la mayoría de las ocasiones estas manifestaciones o conductas de apego tienen la función de desencadenar atención, apoyo y preocupación por parte de los otros y evitar el ser abandonado en un contexto desconocido y, por tanto, amenazante. En este sentido el sistema de apego se puede entender como un sistema protector que asegura la supervivencia de la persona.

Es en la primera infancia cuando estas conductas resultan más evidentes y se manifiestan con mayor intensidad y frecuencia. Con la edad, la experiencia y la adquisición de habilidades sociales, las conductas de apego pierden intensidad y frecuencia, no así el deseo de amor, de atención, de apoyo, que sigue constituyendo una parte esencial de la naturaleza humana a lo largo de toda la vida. A medida que se desarrolla la capacidad cognitiva, la necesidad de sentirse protegido se manifiesta de una forma más simbólica, ya sea a través de la palabra, el dibujo, el juego, etc.

Las conductas de apego hacia aquellas personas en las que confiamos se desencadenan y manifiestan con mayor intensidad en situaciones que implican cambios y un esfuerzo personal por adaptarse a nuevas circunstancias. Así, por ejemplo, la entrada en la guardería o en el colegio, enamorarse, ser padres, cambiar de ciudad, separación de seres queridos, la muerte, etc.. En cada momento evolutivo, a cada edad, el ser humano se enfrenta a una serie de tareas y retos nuevos, desconocidos, que provocan inseguridad, y que, por tanto,

suscitan la necesidad de sentirse próximo a alguien “especial”. En contra de la visión puritana en defensa de la independencia del individuo, la teoría del apego reconoce y respeta el valor de desear la proximidad y el apoyo del otro en situaciones de duda o inseguridad, en vez de considerar esto como una señal de debilidad.

A su vez, la Teoría del Apego reconoce otra necesidad del ser humano, igualmente importante para su supervivencia, como es la de aprender, explorar, conocer nuevos contextos y nuevas relaciones, poner a prueba las propias capacidades y, en definitiva, enfrentarse a lo nuevo y desconocido. El interés por explorar está relacionado con el sentimiento de control sobre la propia conducta, con la sensación de independencia y de autonomía.

En principio estas conductas de exploración y las conductas de apego son antagónicas y no se pueden realizar a la vez, puesto que, entre otras cosas, las conductas de exploración implican la atención a lo desconocido y las conductas de apego implican la atención hacia lo conocido. La Teoría del Apego representa las conductas de apego y las conductas de exploración como dos puntos opuestos de una misma dimensión, en cuyo eje se podría situar todo el espectro posible de conductas. El mecanismo que regula el tipo de conducta que predomina en una persona en un momento concreto, está determinado por su sentimiento de seguridad o inseguridad. Así, una situación que provoque miedo o inseguridad activará el sistema de conductas de apego, restableciendo así la necesidad de sentirse seguro o protegido. Es en esos momentos cuando el niño busca la proximidad física con el cuidador principal (figura de apego), o el niño más mayor la cercanía o intimidad psicológica. Por el contrario, cuando la persona se siente tranquila y segura, puede encarrar la exploración de situaciones, relaciones y las propias capacidades con mayor efectividad. En definitiva, la conducta observable de la persona es el resultado del equilibrio entre estos dos sistemas, esto es, resultado de la forma en que la persona regula la proximidad o la distancia de la figura de apego en función de su sensación de seguridad.

Según la Teoría del Apego, la persona es más feliz y puede desarrollar sus propias habilidades y capacida-

des, si sabe que existen una o más personas en las que puede confiar y a las que puede recurrir, en caso de que surja alguna complicación o haya necesidad de protección, garantizando así su salud mental.

Ainsworth (Ainsworth, Bell y Stayton, 1974) introdujo el concepto de “base segura”, según el cual el cuidador principal llega a personificar la fuente de seguridad emocional a partir de la que el niño, según las circunstancias y el contexto, acude regularmente para “cargarse” emocionalmente, de modo que una vez satisfecho se vuelve a separar para seguir explorando y reconociendo el contexto.

A partir de lo dicho creo importante destacar dos ideas básicas. En primer lugar, la necesidad de apego es una necesidad intrínsecamente humana, puesto que esta necesidad desencadena una serie de conductas que le permiten sobrevivir física y psicológicamente. Así, todos los niños, incluso los niños maltratados, desarrollan a lo largo del primer año de vida un vínculo estrecho con una o varias personas de su contexto más inmediato.

En segundo lugar, los niños aprenden a regular su necesidad de apego y su necesidad de exploración en función de la seguridad que les proporciona su figura de apego. El desarrollo socioemocional positivo del niño se caracteriza porque tanto la necesidad de proximidad, como la necesidad de explorar y reconocerse como ser autónomo e independiente, se satisfacen por igual y de forma equilibrada. El desarrollo estará limitado, o se verá impedido, cuando el niño se sienta inseguro y sin apoyo, de modo que su actitud hacia el aprendizaje será más pobre, y afrontará con reservas la posibilidad de interacción con otras personas.

Estas afirmaciones nos lleva a plantearnos algunas cuestiones: ¿Cuáles son las características por parte de las figuras de apego que favorecen el desarrollo positivo en el niño? ¿Cuáles son aquellas que interrumpen el cumplimiento de las tareas evolutivas?

### ***La “sensibilidad materna” en la primera infancia***

En su estudio de Baltimore, Ainsworth (1969, 1974) constató empíricamente la relación entre la capacidad de respuesta de la madre ante las necesidades emocionales del niño durante el primer año de vida y la cali-

dad del vínculo afectivo del niño hacia su madre al cabo del primer año. Sus resultados se basan en una serie de observaciones sistemáticas en diversas situaciones cotidianas como son la alimentación, el juego, la disciplina, el contacto corporal y la expresión de las emociones. La evaluación del comportamiento materno se llevó a cabo mediante la escala de «sensibilidad-insensibilidad». La sensibilidad materna (en representación de la “figura de apego”) hace referencia a sus habilidades para atender e interpretar correctamente las señales del niño, así como de reaccionar a estas señales de forma contingente y adecuada (Ainsworth, Blehar, Waters y Wall, 1978), esto es, de crear un marco relacional en el que el niño pueda utilizarla como una base segura para satisfacer su necesidad de apego como de exploración.

La conducta sensible ante un bebé significa, por ejemplo, captar los primeros indicios de malestar del niño y actuar antes de que llore desconsoladamente. La conducta sensible significa así mismo interpretar correctamente esos indicios de malestar y reaccionar de forma adecuada. Por ejemplo, si se está jugando con él y empieza a tensar el cuerpo, mostrarse intranquilo, etc, sería adecuado calmarlo. Sería inadecuado ofrecerle más juguetes o más actividad, pensando que lo que quiere es jugar más rápido. Finalmente, la conducta sensible quiere decir reaccionar rápidamente de forma que el niño pueda reconocer y percibir que está siendo ayudado. Solo así puede establecer una relación entre su actuación y las consecuencias que obtiene.

Alrededor del año, el niño en condiciones normales dispone de los suficientes mecanismos cognitivos como para poder desarrollar un modelo interno o representación mental (Bowlby, 1969; Bretherton, 1992; Pipp, 1990) que organiza la información necesaria acerca de cómo debe comportarse para obtener la máxima atención y los cuidados de su figura de apego, acerca de qué puede esperar de ella y, en definitiva, acerca de cómo funcionan las relaciones y qué función desempeña él en ellas. Estos modelos internos sirven de guía para acciones futuras. Sirven, además, para dirigir la atención sobre aquellos aspectos de la relación y del contexto que pueden ofrecer seguridad. Por lo general, se ha demostrado que los modelos internos son bastante estables a lo largo del tiempo y de las situa-

ciones. Sin embargo, las representaciones mentales no son modelos rígidos e inamovibles. Estas pueden cambiar según cambian a su vez las circunstancias ambientales que las originaron (Rauh, Ziegenhain y Müller, 2000).

Desde que Ainsworth, formulase el constructo de la “sensibilidad materna” y lo propusiese como una pieza fundamental para el desarrollo de la calidad del vínculo afectivo en la primera infancia, se han sucedido numerosas investigaciones, que han enriquecido y matizado estas propuestas iniciales. Estas han reforzado la idea de que la interacción temprana, como cualquier otro tipo de interacción, es un proceso bidireccional (Bell, 1969; Brazelton, Koslowski y Main, 1974), al que contribuyen tanto la figura de apego, como el niño. El contexto de la relación temprana se convierte no solo en un lugar, en el que el niño aprende y se desarrolla, sino también en un lugar, en el que la figura de apego aprende, se adapta y desarrolla sus habilidades para la crianza. Un aspecto común de estas investigaciones es que fundamentan sus conclusiones en observaciones sistemáticas y en tiempo real de la interacción figura de apego-niño.

### ***Las diferencias individuales en la calidad del vínculo afectivo ¿Qué estrategias comportamentales y emocionales desarrollan los niños en la primera infancia para procurarse un sentimiento de seguridad?***

La separación de la madre u otra figura de apego es un momento crítico, en el que más claramente se pone de manifiesto la coordinación entre las conductas de apego y las conductas de búsqueda de autonomía o exploración (Bowlby, 1969). Basándose en esta observación, Ainsworth (1978) diseñó la «situación extraña». Este procedimiento se ha consolidado como un método simple, relativamente corto, sistemático y válido para evaluar la calidad del vínculo afectivo del niño hacia la madre alrededor del año de edad (Lamb, Thompson, Gardner y Charnov, 1985; Vaughn y Waters, 1990; Ziegenhain y Rauh, 1993). En la «situación extraña» se le confronta al niño con una situación cada vez más estresante, que consta de dos separaciones y dos reencuentros con la madre en un contexto y con una persona desconocida para el niño. El

objetivo consiste en observar cómo utiliza el niño a su madre como base segura a partir de la cual explora su contexto y organiza sus conductas y emociones. Puesto que las reacciones del niño se llevan a cabo a un nivel de comportamiento sensoriomotriz (Piaget, 1975), se le presta especial atención a los comportamientos concretos de búsqueda de contacto, mantenimiento del contacto, rechazo del contacto y evitación del contacto.

Según concluyó Ainsworth, los niños muestran a estas edades principalmente tres estrategias de comportamiento o tipos de apego: el apego seguro, también denominado tipo B, y dos tipos de apego inseguro: El apego inseguro-evitativo o tipo A y el apego inseguro-ambivalente o tipo C. Cada tipo de apego representa una forma distinta, en la que el niño organiza sus conductas de apego y de exploración para conseguir la máxima protección de su figura de apego. Se trata de un sistema organizado de conductas, basado en su experiencia de lo que pueden esperar de los otros y de sí mismos, y que representa la mejor forma que el niño tiene de adaptarse a su contexto relacional más inmediato para conseguir sobrevivir física y psicológicamente.

El niño con un apego seguro (tipo B) ha experimentado de una forma sistemática y consistente a lo largo del tiempo que su figura de apego es accesible, que responde sensiblemente a sus señales, que respeta sus ritmos e interacciona con él de forma sincrónica. Un niño con este tipo de experiencias es muy probable que desarrolle la expectativa de que su figura de apego es una fuente de seguridad accesible y disponible (Sorce y Emde, 1981; Londerville y Main, 1981; Stern, 1985). Tal como se desprende de las observaciones realizadas a partir del procedimiento de la situación del extraño, los niños con este tipo de experiencias, muestran en el episodio inicial su interés por los juguetes nuevos, exploran tranquilamente el nuevo contexto y hacen partícipes de ello a la madre, según su necesidad. En los momentos de separación, las expectativas de disponibilidad hacia ella se siguen manteniendo. Estas expectativas le ayudan a regularse y, aunque su sistema de apego está activado, no llega a desaparecer por completo su interés por los juguetes y las personas extrañas de su contexto. En los reencuentros el niño muestra abiertamente su alegría,

busca contacto y consuelo en la madre y se recupera rápidamente.

Las investigaciones que analizan el desarrollo social del niño en edad preescolar y escolar, han demostrado que los niños con madres sensibles tenían más a menudo amigos y estaban integrados en las actividades de grupo (Berlin, Cassidy y Belsky, 1995). Tenían menos conflictos con sus compañeros y resolvían los conflictos de forma independiente (Suess, Grossmann y Sroufe, 1992; Wates, Wippman y Sroufe, 1979). Además, estos niños estaban más motivados en las tareas intelectuales, se esforzaban más, estaban más concentrados, tenían más éxito en la resolución de problemas y buscaban ayuda cuando la necesitaban (Ziegenhain, Rauh y Müller, 1996; Grossmann, 1995).

Por supuesto, no todos los niños obtienen el suficiente apoyo emocional, que les permita mantener un equilibrio equitativo entre sentirse lo suficientemente seguro y poder tener la posibilidad de explorar y reconocer su contexto. Los niños que han tenido experiencias con una figura de apego que se comporta insensiblemente y que no responde a sus necesidades, desarrollan una expectativa de ella como no accesible ni responsiva. No consideran a la figura de apego como una base segura, a no ser que desarrollen una serie de estrategias comportamentales que les ayude a adaptarse a las características de su figura de apego, asegurándose con ello su atención y protección.

Se ha estudiado que las madres de niños inseguros-avoidantes (tipo A) generalmente rechazan las iniciativas de juego o proximidad de su hijo (Ainsworth, Bell y Stayton, 1974; Main y Stadtman, 1981). Además, se ha observado que frecuentemente actúan de forma intrusiva y sobreestimuladora hacia el niño, esto es interfieren en su juego, cuando éste está entretenido, pero se retiran en el momento que éste se siente intranquilo o parece necesitarla (Grossmann, Grossmann, Sprangler, Suess y Unzer, 1985, 1991). Los niños con experiencias maternas de este tipo parecen haber aprendido que la inhibición de sentimientos y conductas, sobre todo las negativas, reducen el rechazo y aumentan la aceptación por parte de la madre (Belsky, Gilstrap y Rovine, 1984; Smith y Pederson, 1988; Isabella, 1993). En los momentos de separación los niños con un apego A no suelen llorar. Se suelen quedar jugando impasibles delante de sus juguetes. Aunque parezca

que no activen sus conductas de apego, dada su actitud independiente y distante, muestran altos índices de activación psicofisiológica (Sprangler, 1995). Su tensión interna es con creces superior a la de un niño seguro, que en apariencia puede parecer más estresado y afectado por la separación. Muestran altos índices de inseguridad, puesto que esperan no recibir apoyo ni consuelo. Es más, el hecho de mostrar esta necesidad a través de lloros y otras conductas dependientes podría provocar aun más rechazo por parte de la madre. La estrategia que desarrollan para conseguir unos mínimos de seguridad consiste precisamente en evitar este tipo de expresiones emocionales y comportamentales. En el reencuentro tampoco suelen saludar a la madre, se muestran distantes, ni contentos, ni tristes. En resumen, los niños tipo A inhiben la expresión de su necesidad de apego, puesto que esta actitud les asegura la atención de la figura de apego. Puesto que la intimidad no resulta satisfactoria, el niño inseguro-avoidante centra su atención sobre el juego y los objetos, incluso sobre otros adultos (Main y Stadtman, 1981). Sin embargo, este interés por explorar el contexto nuevo lo realiza de una forma superficial, monótona y sin implicación real.

El niño con un apego inseguro-ambivalente (tipo C) ha tenido una experiencia irregular de insensibilidad e inaccesibilidad por parte de su figura de apego. Los trabajos indican que se trata de madres que actúan de forma inconsistente para el niño. A veces son sensibles y responden a las señales del niño de forma adecuada, otras, absortas por sus problemas, responden de forma imprevista e inadecuada. Esto provoca inseguridad en el niño, puesto que la atención y el apoyo no lo recibe cuando lo necesita, sino cuando lo necesita la madre. Ha aprendido a exagerar sus emociones y extremar sus conductas, puesto que así se asegura captar la atención de su madre. Ainsworth observó que las madres de tipo C no solían animar a sus hijos para que explorasen independientemente su contexto. Así, se observa en la situación del extraño que la atención del niño recae básicamente sobre la relación con la madre y apenas se interesa por los juguetes nuevos u otros adultos. Las separaciones provocan mucha inseguridad en este tipo de niños y así lo demuestran a través de fuertes lloros y una conducta de búsqueda de proximidad muy fuerte. En los reencuentros, manifiestan

tan enfado y les cuesta volver a equilibrar sus conductas de apego. Se comporta de forma dependiente, exigente y es difícil de consolar (Belsky et al., 1984; Smith y Pederson, 1988; Cassidy y Berlin, 1994; Crittenden, 1990).

Para finalizar el apartado, me gustaría resaltar la observación realizada por Suess, Grossmann y Sroufe (1992) acerca de la capacidad del niño de adaptarse a diferentes figuras de apego y desarrollar un tipo de vínculo afectivo distinto hacia la madre y hacia el padre, dependiendo del nivel de sensibilidad de cada uno de ellos. Las deficiencias provocadas en el niño por una de las figuras pueden ser compensadas por la otra figura de apego, o, en un sentido más positivo, el hecho de tener varias figuras de apego amplía las posibilidades del niño de desarrollar una expectativa de los demás, de sí mismo y de las relaciones más adecuada y ajustada.

### ***Implicaciones del maltrato infantil para el desarrollo del vínculo afectivo en la primera infancia. ¿Qué ocurre cuando las estrategias desarrolladas para sentirse seguros dejan de funcionar?***

La relación de apego en la primera infancia asegura, desde un punto de vista biológico, la supervivencia física del niño y transmite, desde una perspectiva psicológica, la seguridad emocional y confianza en sí mismo necesarias para afrontar situaciones nuevas. Para que se establezca una relación de apego se necesitan dos personas: el niño con una necesidad de apego y la figura de apego dispuesta a responder a esta necesidad.

La forma que tenga la figura de apego de responder a la necesidad, definirá el tipo de experiencias tempranas del niño y, por consiguiente, la calidad del apego. El espectro posible de experiencias tempranas va desde las más positivas y sensibles, que promueven una vinculación afectiva segura; pasando por las experiencias de insensibilidad, que no aportan la suficiente confianza ni apoyo, y que dan lugar a que el niño se vea obligado a desarrollar estrategias que aseguren la atención de la madre; hasta llegar a las experiencias más traumáticas de abuso y abandono. Son estas últimas experiencias negativas las que provocan en el niño el máximo sentimiento de inseguridad. Sitúan al niño

en una posición destacada de vulnerabilidad y en riesgo de presentar trastornos del desarrollo y de la conducta.

En muestras no clínicas, esto es en muestras en las que no se ha detectado ningún tipo de problemática personal o familiar grave, se ha observado que en un 65% de los casos, los niños desarrollan estrategias saludables y seguras. Sin embargo, en el resto de casos se observan niños que han tenido experiencias relacionales difíciles con sus figuras de apego. En estos casos, los niños no han obtenido la suficiente seguridad emocional, de modo que a lo largo del primer año, han aprendido a manejar de una forma mínimamente satisfactoria estas reacciones deficitarias de sus cuidadores, asegurando así su supervivencia. Este grupo de niños constituye el denominado grupo de niños inseguros. Desde una perspectiva filogenética, el apego inseguro se podría considerar el menos adaptativo, esto es, el menos adecuado en vistas a alcanzar las metas del desarrollo ontogenético. Sin embargo, esto ha sido rebatido por varios autores críticos a las líneas más ortodoxas de la teoría del apego. En general defienden que el apego inseguro no debe ser considerado necesariamente como un trastorno ni una patología. Así, algunos autores (Hinde, 1995; Crittenden, 2000) indican que la estrategia de apego inseguro, bajo determinadas circunstancias socio-culturales, pueden tener al menos momentáneamente un sentido adaptativo, por lo que pueden ser igual o más adecuadas que una estrategia de apego segura en este ambiente. Otros autores (Lamb et al., 1985) destacan la idea de que los diferentes tipos de apego son formas equivalentes de adaptarse al estilo educativo de sus padres. Así, por ejemplo, no resulta adaptativo para un niño de 15 meses actuar de forma dependiente, llorar, buscar insistentemente el contacto, cuando la madre muestra rechazo hacia estas conductas, y valora o atiende al niño sólo cuando este se muestra de buen humor. Estos niños lo tienen más difícil que los niños seguros, teniendo que desarrollar estrategias más complejas para conseguir la seguridad que necesitan de su figura de apego. Se trata de niños que se encuentran en desventaja con respecto a los niños seguros a la hora de afrontar las tareas evolutivas.

Alrededor de los años 80 los investigadores que trabajaban con poblaciones de riesgo, entendiendo por

riesgo aquellas familias, en las que se producía maltrato infantil o en las que los padres padecían algún tipo de trastorno psíquico, encontraron que algunos niños, en contra de lo esperado, eran clasificados como “seguros”, mientras que otros manifestaban patrones característicos de niños ambivalentes y evitativos a la vez (Crittenden, 1981, 1988; Main y Solomon, 1986; Egeland y Sroufe, 1981). Este último grupo de niños, que constituye alrededor del 80% de los casos en poblaciones clínicas, fueron clasificados como desorganizados, también denominado tipo D.

Las observaciones realizadas en la situación del extraño con niños entre 12 y 18 meses permitieron caracterizar las conductas desorganizadas de la siguiente manera: en los episodios más estresantes y en presencia de la figura de apego, esto parece ser una pieza fundamental para entender esta clasificación (Main, 1995), los niños presentaban movimientos contradictorios; tan pronto se acercan a la figura de apego, como se separan, se quedan inmovilizados, recurren a movimientos estereotipados de balanceo, parece que van a saludar a la figura de apego y salen de la habitación, se asustan ante la presencia de otro adulto desconocido y, en vez de aproximarse a la madre, se alejan, miran hacia la pared y se dan golpes contra ella, etc.

Las experiencias tempranas de los niños con un apego desorganizado (tipo D) pueden caracterizarse principalmente por dos tipos de conducta por parte de las figuras de apego.

En primer lugar, por conductas abusivas, esto es por conductas de rechazo extremo, que producen dolor y daño físico o emocional. En ocasiones se trata de madres que, ante las situaciones exigentes que les plantea, por ejemplo, la crianza de sus hijos, se muestran ellas mismas inseguras y sin recursos, provocando con ello reacciones extremas y conductas abusivas. Este tipo de conductas provocan miedo al niño; pero lejos de huir de la figura de apego, puesto que su necesidad de protección es tan grande en la infancia, este miedo producido por el maltrato queda en un segundo plano, comparado con el miedo que supondría el hecho de no tener una figura de apego.

En segundo lugar, las conductas de las figuras de apego pueden ser extremadamente indiferentes, lo cual puede manifestarse de forma física o psíquica. Se tra-

ta de figuras de apego que por diversas razones, ya sea como consecuencia de un trastorno psíquico, porque ellas mismas están sumidas en un proceso de duelo, están traumatizadas, excesivamente preocupadas con otros asuntos, etc., se muestran ausentes en la relación. La experiencia del niño puede ser ciertamente aterradora, puesto que está frente a una figura de apego que no responde a ninguna señal por su parte y parece “desalojada”.

La madre o el padre abusivo o negligente es una figura de apego para el niño y, a su vez, es una figura “peligrosa” que amenaza la supervivencia y produce miedo. Este miedo se manifiesta en su forma más extrema, cuando el niño se enfrenta a situaciones nuevas y siente la necesidad de ser protegido. En condiciones estresantes, en las que se activan las conductas de apego, al peligro externo se le suma el peligro de una relación atemorizante.

En definitiva, las conductas desorganizadas se entienden como consecuencia de un colapso de las estrategias comportamentales y atencionales del niño en una situación concreta, que incluye la presencia de la figura de apego y la situación novedosa (Main, 1995). Al niño con este tipo de experiencias traumáticas le resulta imposible equilibrar las conductas de apego y las conductas de exploración en situaciones concretas de amenaza. Al miedo producido por la nueva situación (persona extraña, estar en una habitación desconocida, etc.) se le une el miedo de saber que la figura de apego no está disponible y de que él mismo carece de una estrategia actual que provoque la disponibilidad de su figura de apego. Se halla ante una situación paradójica: el estrés provocado por la situación le impide dirigir la atención tanto hacia el contexto (juguetes, otros adultos, etc.) como hacia la relación, puesto que ésta puede resultar incluso peligrosa (Main, 1995). La conducta desorganizada ni siquiera puede considerarse como un intento actual y lógico para adaptarse a las circunstancias de la relación, es más, se trata de reacciones que provocan todo lo contrario, empeoran la relación.

Los niños que han tenido experiencias tempranas con una figura de apego extremadamente insensible o maltratante (abuso o negligencia) se encuentran, por tanto, en grave riesgo de presentar trastornos del desa-

rollo, dada las grandes dificultades que tienen para explorar el contexto emocional, cognitivo y social que les rodea.

### ***Referencias bibliográficas***

Ainsworth, M. D. S. y Bell, S. M. (1969). Some contemporary patterns of mother-infant interaction in the feeding situation. En A. Ambrose (Ed.), *Stimulation in early infancy* (pp. 133-170). London: Academic Press.

Ainsworth, M. D. S., Bell y S., Stayton, D. (1974). Infant-mother attachment and social development: "Socialization" as a product of reciprocal responsiveness to signals. En P. M. Richards (Ed.), *The integration of a child into a social world* (pp. 99-135). London: Cambridge University Press.

Ainsworth, M. D. S., Blehar, M. C., Waters, E. y Wall, S. (1978). *Patterns of attachment*. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum.

Bell, R. Q (1974). Contributions of human infants to caregiving and social interaction. En M. Lewis y L. A. Rosenblum (Eds.), *The effect of the infant on its caregiver* (cap. 1). New York: John Wiley y Sons.

Belsky, J., Gilstrap, B. y Rovine, M. (1984). The Pennsylvania infant and family development project, I: Stability and change in mother-infant and father-infant interaction in a family setting at one, three, and nine months. *Child Development*, 55, pp. 692-705.

Berlin, L. J., Cassidy, J. y Belsky, J. (1995). Loneliness in young children and infant-mother attachment: A longitudinal study. *Merrill-Palmer Quarterly*, 41, pp 91-103.

Bowlby, J. (1969). *Attachment and loss. Vol. 1. Attachment (2nd Ed)*. London: Hogarth Press.

Bowlby, J. (1973). *Attachment and loss: Vol. 2. Separation: Anxiety and anger*. New York: Basic Books.

Bowlby, J. (1979). *The making and breaking of affectional bonds*. London: Tavistock Publications.

Brazelton, T. B., Koslowski, B. y Main, M. (1974). The origins of reciprocity: the early mother-infant

interaction. En M. Lewis y L. A. Rosenblum (Eds.), *The effect of the infant on its caregiver* (cap. 2). New York: John Wiley y Sons.

Bretherton, I. (1995). A communication perspective on attachment relationships and internal working models. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 60, 2-3, pp. 300-310.

Cassidy, J. y Berlin, L. J. (1994). The insecure/ambivalent pattern of attachment: Theory and research. *Child Development*, 65, pp. 971-991.

Crittenden, P. M. (1981). Abusing, neglecting, problematic and adequate dyads: Differentiating by patterns of interaction. *Merrill Palmer Quarterly*, 27 (3), 201-218.

Crittenden, P. M. (1988). Relationship at risk. En Belsky, J. y Nezworski, T. (Eds.), *Clinical implications of attachment* (pp. 136-174). NJ: Hillsdale: Erlbaum.

Crittenden, P. M. (1990). Internal representational models of attachment relationships. *Infant Mental Health Journal*, 11, No.2, pp. 259-277.

Crittenden, P.M. (2000.). *The organisation of attachment relationships: Maturation, culture and context*. New York: Cambridge University Press.

Egeland, B. y Sroufe, L. A. (1981). Attachment and early maltreatment. *Child Development*, 52, pp. 44-52.

Grossmann, K. (1995). Kontinuität und Konsequenzen der frühen Bindungsqualität während des Vorschulalters. En G. Spangler y Zimmermann, G. (Eds.), *Die Bindungstheorie: Grundlagen, Forschung und Anwendung* (pp. 191-203). Stuttgart: Klett-Cotta.

Grossmann, K. E., Grossmann, K., Spangler, G., Suess, G. y Unzer, L. (1985). Maternal sensitivity and newborn orientation responses as related to quality of attachment in northern germany. En I. Bretherton y E. Waters (Eds.), *Growing points of attachment theory and research. Monographs of the Society for Research in Child Development*. Vol. 50 (1-2, Serial, N° 209), pp. 233-256).

- Hinde, R. A. (1995). A suggested structure for a science of relationships. *Personal Relationships*, 2, pp. 1-15.
- Isabella, R. A. (1993). Origins of attachment: Maternal interactive behavior across the first year. *Child Development*, 64, 605-621.
- Lamb, M. E., Thompson, R. A., Gardner, W. P. y Charnov, E. L. (1985). *Infant- Mother attachment: The origins and developmental significance of individual differences in strange situation behavior*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Londerville, S. y Main, M (1981). Security of attachment, compliance, and maternal training methods in the second year of life. *Developmental Psychology*, 17, 189-299.
- Main, M. (1995). Desorganization im Bindungsverhalten. En G. Sprangler y P. Zimmermann (Eds.), *Die Bindungstheorie: Grundlage, Forschung und Anwendung* (pp.120-140). Stuttgart: Klett-Cotta.
- Main, M. y Stadtman, J. (1981). Infant responses to rejection of physical contact by the mother: Aggression, avoidance and conflict. *Journal of American Academy of Child Psychiatry*, 20, 292-307.
- Main, M., y Solomon, J. (1986). Discovery of an insecure-disorganized/disoriented attachment pattern. En Brazelton, T. B. y Yougman, M. W. (Eds.), *Affective development in infancy* (S. 95-124). Norwood, N.J.: Ablex Publishing Corporation.
- Piaget, J. (1975). *Das Erwachen der Intelligenz beim Kinde*. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Pipp, S. (1990). Sensorimotor and representational internal working models of self, other, and relationship. Mechanisms of Connection and Separation. En D. Cicchetti y M. Beeghly (Eds.), *The self in transition*
- Rauh, H., Ziegenhain, U. y Müller, B. (2000). Stability and change in infant-mother attachment in the second year of life: Relations to parenting quality and varying degrees of daycare experience. En P. Crittenden (Ed.), *The organisation of attachment relationships: Maturation, culture and context*. New York: Cambridge University Press.
- Smith, P. B. y Pederson, D. R. (1988). Maternal sensitivity and patterns of infant-mother attachment. *Child Development*, 59, 1097-1101.
- Sorce, J. F. y Emde, R. N. (1981). Mothers' presence is not enough: Effect of emotional availability on infant exploration. *Developmental Psychology*, 17, 737-745.
- Spangler, G. (1995). Die Rolle kindlicher Verhaltensdispositionen für die Bindungsentwicklung. En G. Spangler (Ed.), *Die Bindungstheorie: Grundlagen, Forschung und Anwendung* (pp. 191-203). Stuttgart: Klett-Cotta.
- Stern, D. (1985). Exploring the infant's subjective experience: A central role for the sense of self. En D. Stern (Ed.), *The interpersonal world of the infant* (cap. 1, 2, 3). New York: Basic Books.
- Suess, G., Grossmann, K. E. y Sroufe, L. A. (1992). Effects of infant attachment to mother and father on quality of adaptation in preschool: From dyadic to individual organization of self. *International Journal of Behavioral Development*, 15, 43-65.
- Vaughn, B. E., y Waters, E. (1990). Attachment behavior at home and in the laboratory: Q-sort observations and strange situation classifications of one-year-olds. *Child Development*, 61, 1965-1973.
- Waters, E., Wippman, J. y Sroufe, L. A. (1979). Attachment, positive affect, and competence in the peer group: Two studies in construct validation. *Child Development*, 50, 821-829.
- Ziegenhain, U., y Rauh, H. (1993). *Attachment classification procedures: Ainsworth, Main, and Crittenden in comparison*. Bonn.
- Ziegenhain, U., Müller, B. y Rauh, H. (1996). Frühe Bindungserfahrungen und Verhaltensauffälligkeiten bei Kleinkindern in einer sozialen und kognitiven Anforderungssituation. *Praxis der Kinderpsychologie und Jugendpsychiatrie*, 45, 95-102.